

Elena García

El tormento de Álex



Nova Casa Editorial



Dedicatoria y agradecimientos

A ti, a quien tanto añoro. Por haber sido siempre mi pilar de apoyo. Por animarme a perseguir mis sueños y demostrarme que la edad no es un obstáculo. Tus palabras marcaron mi vida y me hicieron fuerte. Gracias a ti soy quien soy.

Te quiero, abuelo.

A mi marido, por ceder a mi capricho de convertirse en la portada de esta historia. Porque no imagino a nadie mejor en ella. Por ser mi inspiración, mi soporte y mi cimientito. A mis hijos, por haber aguantado con madurez mi ausencia mientras me daba a estas líneas, porque gracias a su apoyo y comprensión todo ha sido mucho más fácil.

A mis padres y hermanos, porque cada uno a su manera ha sabido motivarme con su confianza. Gracias por todo lo que estáis haciendo.

A mis grandes amigos Juanma y Nieves, por estar siempre ahí. Por acompañarme en esta aventura y por esos grandes momentos que me estáis regalando.

Y, sobre todo, a mis chicas (y chicos) de Wattpad y Facebook. Sin ellos, este sueño nunca se hubiera cumplido.



ÍNDICE

9	Capítulo 1	161	Capítulo 23	329	Capítulo 45
15	Capítulo 2	169	Capítulo 24	337	Capítulo 46
21	Capítulo 3	177	Capítulo 25	343	Capítulo 47
27	Capítulo 4	185	Capítulo 26	351	Capítulo 48
33	Capítulo 5	191	Capítulo 27	353	Capítulo 49
39	Capítulo 6	199	Capítulo 28	359	Capítulo 50
47	Capítulo 7	207	Capítulo 29	363	Capítulo 51
53	Capítulo 8	215	Capítulo 30	367	Capítulo 52
61	Capítulo 9	221	Capítulo 31	375	Capítulo 53
67	Capítulo 10	229	Capítulo 32	383	Capítulo 54
73	Capítulo 11	237	Capítulo 33	391	Capítulo 55
79	Capítulo 12	245	Capítulo 34	399	Capítulo 56
87	Capítulo 13	251	Capítulo 35	407	Capítulo 57
93	Capítulo 14	259	Capítulo 36	415	Capítulo 58
99	Capítulo 15	267	Capítulo 37	423	Epílogo
105	Capítulo 16	275	Capítulo 38		
113	Capítulo 17	281	Capítulo 39		
121	Capítulo 18	289	Capítulo 40		
129	Capítulo 19	297	Capítulo 41		
135	Capítulo 20	305	Capítulo 42		
143	Capítulo 21	313	Capítulo 43		
151	Capítulo 22	321	Capítulo 44		



CAPÍTULO 1

Álex

Me recuesto en el asiento del coche y miro la foto de Mario que tengo en el salpicadero. No me fiaría jamás de un tipo así...

Pongo un poco de música relajante. Solo me queda esperar a que Natalia y su amiga salgan de la sala de conciertos y asegurarme de que llegan bien a casa.

Mi teléfono vibra.

—Dime, César.

César, además de mi jefe, también es mi mejor amigo. Por fin ha conseguido enmendar algo en su vida convirtiéndose en un gran médico. Pero el día que nos conocimos él estaba tan o más perdido que yo. Ambos por desgracia cargamos con un gran peso sobre nuestros hombros. Quizá fue eso lo que nos unió. Imagino que de ahí viene el refrán “Dios los cría y ellos se juntan”.

—¿Has dado con ellas? Estoy preocupado, no me gusta que salga sola con Laura —se ha tomado muy en serio la protección de Natalia. Una pobre chica que conoció en su consulta y a la que su antiguo novio ha estado golpeando hasta hace solo unos días.

—Sí, tranquilo. Están dentro de una sala —me pidió que las siguiera cuando se enteró de que salían y por eso estoy aquí.

Le indico la zona.

—¡Qué casualidad! —dice sorprendido—. Estoy pasando ahora mismo muy cerca de allí. Acabo de terminar en el hospital y he tomado otra ruta.

Desde mi posición puedo ver a una pareja saliendo del edificio y caminando por la calle de mala manera. En un principio pienso que están bebidos, pero fijándome bien no parece ser el caso. Él va dándole patadas en las piernas a ella con la intención de que camine más deprisa. En uno de los golpes la muchacha cae de rodillas, y el muy cabrón, en vez de ayudarla, aprovecha para asestarle otra patada en la espalda.

—¡Maldito hijo de puta! —digo en alto.

—¿¡Qué!?! —pregunta César.

—No. Perdona. No es a ti —contesto rápidamente—. Estoy viendo a un cabrón golpear a una chica.

—¡Haz algo! —se altera. César siente demasiado desprecio por este tipo de personas.

Me incorporo y arranco el motor del coche. «Le daré un buen susto a ese desgraciado...», me digo. Mientras el animal intenta levantar a la mujer tirando fuertemente de su brazo, una farola ilumina sus rostros.

—¡Es Natalia! —grito—. ¡Mario es quien la está golpeando! —lanzo el teléfono sobre el asiento del copiloto, piso el acelerador y me dirijo a toda velocidad hacia ellos. Cuando estoy bastante cerca, freno bruscamente y giro el coche para cortarles el paso. Si no estuviera Natalia con él, juro que le hubiera pasado las cuatro ruedas por encima. Aun así, he estado a punto de golpear su maldito cuerpo. Lástima que haya conseguido esquivarme.

Salgo del coche y unas potentes luces me deslumbran. Un vehículo viene a gran velocidad hacia nosotros, y sé de quién se trata. César frena tan bruscamente como yo y baja velozmente del vehículo. Cuando se coloca delante de ellos no puedo evitar sonreír. Presiento que voy a divertirme...

—¡Suéltala o lo lamentarás! —grita César.

Me coloco a su derecha para no perderme detalle. Mario empuja a Natalia en ese momento y cae a mis pies. Tiro de ella y con algo de esfuerzo consigue ponerse en pie de nuevo. Debe de haberse hecho daño.

—Natalia, ¿estás bien? —pregunto mientras busco algún daño en su cuerpo. Asiente y me tranquilizo.

César se lanza sobre Mario y los dos caen al suelo. Con un hábil movimiento mi amigo consigue colocarse sobre él. Sé lo que está haciendo, hemos practicado muchas veces esto en el gimnasio del hotel.

Un golpe tras otro comienza a impactar sobre el rostro de Mario. No puedo negar que estoy gozando como un cabrón... No le da opción a defenderse. Está machacando su cara y temo que le hunda la nariz. Podría provocarle algún daño cerebral importante y buscarse un problema por ello.

—Vamos, César, para o lo matarás —le digo mientras trato de separarles.

Tiro de sus hombros, pero consigue soltarse. Lo intento de nuevo, aunque está tan fuera de sí que si me acerco más de lo necesario también me golpeará a mí. El gallina de Mario se tapa la cara con los brazos como si fuera una niña asustada y César sigue golpeándole sin control.

—¿Qué se siente, hijo de puta? —le grita—. ¿Te gusta esto, gran hombre? —Mario no contesta. Está escondido detrás de sus codos.

—¡Para! —digo. Si sigue así, lo mataré. Consigo meter mis brazos debajo de los suyos y lo inmovilizo. Tiro de él y se lo quito a Mario de encima. Debería agradecermelo...

—¡Suéltame! —grita César, pero no le hago caso; ahora mismo no es dueño de sus actos.

Lo arrastro mientras patalea.

—Suéltame, Álex, tengo que acabar con este cabrón —dice retorciéndose para escapar.

Si por mi fuera dejaría que lo hiciera papilla. Es lo único que merece el exnovio de Natalia.

—No permitiré que tengas problemas con la justicia por este indeseable —le digo con esfuerzo. No para de forcejear.

Mario se pone en pie. Está mareado y se tambalea. Nos mira con odio. Su cara parece una bandeja de lasaña.

—¡Habéis cavado vuestra propia tumba! —se toca las heridas y se mira los dedos—. Y tú, putita... —señala a Natalia— no vas a tener tanta suerte la próxima vez —como es normal, César se cabrea más, con lo que tengo que sujetarle más fuerte.

A medida que Mario se aleja el cuerpo de César comienza a relajarse y le libero poco a poco. No termino de fiarme.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunta a la chica.

—No demasiado... —contesta ella para no echar más leña al fuego.

Tengo la impresión de que estos dos van a acabar juntos. En ese momento César abraza a Natalia y pongo mis ojos en blanco. «Lo que yo sabía», me digo.

—Ya ha pasado todo —dice mi amigo cariñosamente, por lo que me incomoda. Cuando estoy a punto de dejarles solos algo llama mi atención.

—¡Naaaaaaaaaata!, ¡Nataaaaaa! —una horrible y chillona voz suena detrás de nosotros—. ¡Nata, por el amor de Dios! ¿Dónde estabas? —mis tímpanos se resienten—. ¡Alguien dijo que había pelea y no te vi dentro! ¡Me asusté! —parece estar hecha de puro nervio.

A medida que se acerca me fijo mejor en ella. Solo he podido verla de lejos y parece una mujer bastante atractiva. Tiene cada curva en su justo lugar... Su cabello es rubio y liso, y sus ojos grandes y expresivos. Para mi desgracia y aunque lo intento, no puedo distinguir el color de sus iris, ya que hay poca luz, pero no parecen muy oscuros.

Natalia le cuenta lo ocurrido bastante afectada. Me sorprende

la actitud de Laura, parece preocupada, y al momento bromea sobre lo que acaba de ocurrirle a su amiga como si no tuviera importancia... «Qué raro...», me digo.

César y Natalia deciden volver a casa, y yo me ofrezco para acompañar a Laura hasta su coche. Quiero ver si consigo averiguar algo más sobre ella. Es todo muy extraño... ¿Cómo ha conseguido Mario saber que estaban aquí?



CAPÍTULO 2

—¿Eres muy amigo del guaperas? —pregunta mientras caminamos.

—Podría decirse que sí...

César siempre ha provocado esa reacción en las mujeres. Todas de una manera u otra acaban fijándose en él. Y cuando se enteran de que es médico, literalmente le acosan. Él se lo toma con humor, pero yo no podría soportarlo. Hace tiempo me juré que no volvería a acercarme a una mujer de esa manera...

—¿Vas mucho al gimnasio? —me mira descaradamente.

—Me gusta cuidarme —contesto.

—Ya veo... —sonríe pícaramente, consiguiendo hacerme sentir incómodo.

Solo hemos cruzado un par de frases y ya puedo asegurar que esta mujer no conoce la palabra *vergüenza*.

—¡Mierda! —dice de pronto, y miro en su dirección—. Ven un momento —mueve su mano para que me acerque.

Cuando estoy lo suficientemente cerca de ella, pone su mano en mi hombro, y siento un calor extraño atravesar mi ropa. Levanta uno de sus pies y se quita el zapato.

—¿Qué haces? —pregunto extrañado.

—Quitarme una puta piedrecita que me está jodiendo el pie —me sorprende su manera de expresarse. Si mi abuela viviera diría que no es propio de una señorita hablar así.

Mientras sacude su calzado aprieta fuerte sus dedos en mi hombro para no caerse. La sensación de calor es cada vez mayor, y no puedo evitar mirar. Su mano parece suave, sus dedos son largos y delgados, y tiene las uñas arregladas y pintadas de rojo. Mi color favorito. Cuando termina, se aparta y siento frío donde antes estaba su palma.

—¿Mejor? —pregunto antes de seguir la marcha.

—Pues la verdad es que no... Hay algo dentro que me sigue molestando.

—Déjame ver —extiendo mi mano para que me lo entregue—. No es una piedra. Hay un cristal clavado en la suela —trato de sacarlo, pero está tan incrustado que es imposible.

—Vaya nohecita... —dice quitándome el zapato. Camina cojeando porque uno de sus pies está descalzo.

—¿Queda muy lejos tu coche? —sé perfectamente dónde está, pero finjo no saberlo. Todavía queda mucho para llegar, y al ser una zona de copas sobre el asfalto hay varios cristales rotos.

—La verdad es que sí... —resopla—. Toda esta zona estaba abarrotada de coches cuando vinimos y no había dónde aparcar. No me quedó más remedio que dejarlo lejos.

Tomo una gran bocanada de aire. No me creo lo que voy a hacer. Cada vez caigo más bajo. Voy a pasar de niñera a mula de carga.

—Te llevaré hasta el coche —me mira extrañada mientras me pongo delante de ella—. Sube a mi espalda.

—¡Oh, Dios mío! —da palmaditas, y antes de que pueda arrepentirme, de un salto sube a mi espalda—. ¡Arre, burro! —clava sus talones en mis caderas.

Cierro los ojos fuertemente para contener mis ganas de lanzarla contra el suelo.

—Si vuelves a hacer algo así irás caminando —respondo malhumorado.

—Qué susceptible eres, cielito... No aguantas una broma.

—Puedo aguantar una broma, pero no idioteces de este tipo —se queda callada. Tengo la impresión de que he sido demasiado duro. Si no tuviera que sonsacarle información, me alegraría por ello. Pero así no conseguiré lo que necesito—. ¿Conoces a Mario? —quiero hacerle un pequeño interrogatorio.

—Por desgracia... —contesta mientras camino con ella encima.

—¿Qué sabes de él? ¿Por qué estaba ahí?

—Ha sido todo culpa mía... —suspira cerca de mi cuello, y mi piel reacciona—. No pensé en que él podría estar allí cuando traje a Natalia. No caí en que a Mario también le gustaba ese grupo... —dice pesarosa.

—¿Dónde estabas cuando pasó todo?

—Estaba en la barra hablando con un chico guapísimo mientras esperaba a que Natalia saliera del baño.

—¿Desde cuándo las chicas van solas al baño? Tengo entendido que todas van siempre en grupo... —intento bromear para no levantar sospechas, pero nunca se me ha dado bien.

—Desde que tienen dos piernas —responde riendo. Creo que está queriendo evitar mi pregunta. Es más lista de lo que parece...

—¿No viste cuando Mario sacó a Natalia de la sala?

—Yo solo tenía ojitos para el morenazo que trataba de ligarme... —por alguna razón, no me gusta su respuesta.

—Ya veo que para ti es más importante cualquier tío que tu amiga en peligro.

—Te estás pasando, musculitos —intenta bajarse de mi espalda, pero no se lo permito—. Suéltame ahora mismo, ya me has cansado. ¿Estás insinuando que soy una zorra?

—No —digo secamente—. Ese pobre animal no me ha hecho nada para compararle contigo.

—¡Idiota! —golpea con el zapato mi cabeza. La suelto rápidamente.

—¡Joder! ¿Estás loca? —rasco mi coronilla

Se quita el otro zapato y camina de prisa por la calle. Me quedo inmóvil admirando cómo sus curvas se alejan. Cuando consigo reaccionar, tengo que correr para ponerme a su altura.

—Lárgate de aquí o te incrustaré el tacón en la nuca —está visiblemente cabreada.

—Menudo carácter tiene la rubia... —digo entre dientes y me oye.

—No te haces una idea —antes de terminar la frase se queja y para en seco—. ¡Mira qué ha pasado por tu culpa! —dice sin mirarme. Hay algo clavado en su pie.

—Déjame ver...

—¡No te acerques a mí! —saca un pañuelo del bolso y se limpia la pequeña herida. Tras un par de minutos, retoma la marcha.

Caminamos en silencio. Ella va centrada en no volver a pisar nada puntiagudo, y yo en toda ella. Espero que no se dé cuenta, pero no puedo quitarle el ojo de encima. Es tan atractiva como atrapante. La luna da de lleno en su rostro y realza todavía más sus perfectas facciones. Hacía años que no me fijaba en una mujer. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien provocó una reacción así en mí. Un insulto al aire me saca de mi mundo. Ha vuelto a hacerse daño. Mi paciencia tiene un límite y acaba de rozarlo.

—¿Dónde está tu coche? —me oriento y por fin lo veo—. Vale. Allí está.

—¿Cómo coño sabes tú cuál es mi coche? —acabo de meter la pata, se supone que yo no debería saber eso.

—Solo tú podrías llevar un escarabajo amarillo y no sentir vergüenza por ello —salgo del apuro.

—¡Eres muy irritante! —me grita mientras se pone en pie para continuar caminando. Aprovecho ese momento para cargarla sobre mi hombro—. ¡Bájame, animal! —golpea mi espalda con sus puños—. ¡Cavernícola! ¡Bájame o gritaré!

—¿Qué gritarás? Es lo que llevas haciendo desde que te conozco. Eres muy molesta.

—¡Me estoy despeinando! —grita de nuevo—. Vas a tener que pagarme la peluquería.

—No me lo puedo creer... —resoplo.

Varios minutos después, y harto de oír sus protestas, por fin llegamos. Cuando tiro de ella para bajarla noto que hace resistencia, agarrando mi pantalón.

—¿Se puede saber qué haces? —estoy realmente extrañado.

—Admirar las vistas un ratito más —dice tranquilamente—. Tienes un buen culo.

—Estás como una jodida regadera... —niego con mi cabeza y sonrío aprovechando que no me ve. Lo último que quiero es que crea que me parece graciosa. Con un rápido movimiento la dejo sobre el suelo.

Coloca su cabello y estira sus ropas. Tiene algo más de volumen, pero no le queda mal. Abre el bolso y saca las llaves y una pequeña tarjeta.

—Ten esto —sin pensarlo tomo la tarjeta entre mis dedos—. Con esas nalgas mereces mi número —me guiña uno de sus ojos y sube al coche. Me quedo inmóvil viendo cómo se aleja—. ¿De dónde coño ha salido esta mujer?



CAPÍTULO 3

Los días siguientes pasan rápido. Son algo más ajetreteados que de costumbre, pero no me importa. Todo sea por tener mi mente ocupada. Necesito distracciones... Llevo años peleando contra la depresión, y mantenerme activo es de gran ayuda. Desde entonces, me he vuelto un adicto al trabajo. Cuando me licencié en psicología, este tipo de trastornos parecían fáciles de tratar y curar si el enfermo ponía de su parte. Hasta que me tocó a mí pasar por ello. Realmente compadezco a las personas que lo sufren. Vivir sumergido en una nube de tristeza profunda día tras día es tan duro como agotador.

Cada mañana, al abrir los ojos, busco en mi interior algo a lo que agarrarme, pero no hay nada, me siento vacío y carezco de motivaciones... Me cuesta un mundo salir de la cama. Si por mi fuera, me pasaría la vida durmiendo. Es la única manera como desaparece ese dolor tan grande que siento en mi pecho. Ojalá todo hubiera sido un maldito sueño... nunca me lo perdonaré.

He estado muy cerca de intentar contra mi vida en varias ocasiones, pero gracias a César todavía estoy aquí. Aquella noche, sin saberlo, salvó mi vida. Lo tenía todo planeado... En cuanto llegara a casa, todo habría acabado para mí. Cuando me ofreció aquel ridículo trabajo en medio de nuestra borrachera y descubrí

que él aún tenía el cerebro más deshecho que yo, y que eso no le impedía seguir luchando, me hizo reaccionar.

Lo que estuve a punto de hacer no era más que un acto de cobardía. No sabía enfrentarme a lo que me estaba ocurriendo ni tenía ánimo para poner en práctica mis conocimientos... Solo quería acabar con mi dolor cuanto antes y esa me pareció la manera más fácil y rápida de hacerlo. El saber que podría serle de utilidad a alguien me dio la fuerza necesaria para aguantar un poco más y descubrir que esa no era la salida ni la solución. A su vez, yo también fui un gran pilar para él. Nos apoyamos el uno en el otro, y poco a poco, aunque ambos arrastramos todavía con nuestros problemas, logramos salir adelante. Me convertí de manera consentida en su psicólogo personal, su niñera, su chico de los recados, su chófer, en el “burro” para sus amigas, y ahora en algo parecido a su guardaespaldas... Aunque entré como psicólogo en la policía científica, también ejercí como policía nacional y escolta.

Desde hace unos días, acompaño a Natalia a prácticamente todas partes. El cabrón de su ex novio les ha amenazado de muerte. César está bastante preocupado, y no le culpo. Ese tipo no parece de los que se andan con rodeos. Esa misma noche les siguió hasta el hotel y les golpeó con su coche mientras estaban estacionados. Estoy seguro de que hará cualquier cosa. La rubia tampoco me inspira mucha confianza. Parece que la amiguita de César no sabe elegir muy bien a sus amistades.

Voy de camino a reunirme con ellos. César me llamó hace un rato. Están en un pequeño pueblo de la provincia de Toledo y parece que Mario ha dado señales de vida... Temen que la tranquilidad de la que estaban disfrutando estos días se vea alterada por su presencia.

Aparco en la dirección que me ha dado por teléfono y espero. Diez minutos después, les veo aparecer. Me fijó en la mano de César. Está vendada. Hacía tiempo que no la veía así... Estoy seguro de que ha golpeado algo en uno de sus prontos. Sufre

problemas de conducta a consecuencia de un trauma infantil y le cuesta contenerse cuando algo le altera. El nuevo sentimiento que está despertando Natalia en él debe tenerle algo más alterado. Llevaba años controlando sus crisis. Decido no preguntar para no incomodarle.

—Buenos días, señorita Natalia —fuerzo una sonrisa.

—Hola, Álex, ¿cómo tú por aquí? —me pregunta sorprendida. César responde por mí.

—Le he llamado yo —dice con decisión—. Álex estará con nosotros durante unos días... —no se me escapa la forma en que la mira—. Recuerda lo que dijo el agente respecto a nuestra seguridad. Él será el encargado.

—¿Crees que ya sabe dónde estamos? —le pregunta cabizbaja.

—No lo sé, Natalia. Pero ante la duda, toda protección es poca —asiento. Estoy totalmente de acuerdo con él.

—No quiero preocupar a mis padres...

—Ya lo has oído. Discreción total —me mira.

—No notaréis que estoy por aquí —respondo.

César y yo charlamos sobre la situación. La familia de Natalia no sabe nada, y debemos encargarnos de que siga siendo así. Al parecer, el padre de la chica está algo delicado de salud y no quieren preocuparles más de lo necesario. Cuando todo está hablado nos despedimos. Subo al coche con la intención de callejear para reconocer la zona. Si las cosas se ponen feas, necesito saber cuáles son las salidas que hay. Aunque el pueblo no es muy grande, mientras venía he podido comprobar que tiene demasiadas calles estrechas y callejones. No quiero verme atrapado en ninguno. Tres minutos más tarde, mi teléfono suena.

—Álex, ven a por mí, tenemos que salir para Madrid. ¡Ya!

—César cuelga.

«Mierda», me digo. Le conozco demasiado bien como para saber que su tono de voz no esconde nada bueno. Doy la vuelta donde puedo y regreso.

—Te llamaré —le oigo decir mientras sube al coche. Pone los codos sobre sus rodillas y escucho cómo saca todo el aire de sus pulmones.

—¿Todo bien, amigo? —niega con la cabeza, pero no habla. No preguntaré hasta que no se tranquilice. Cuando está en ese estado necesita tiempo para reponerse.

Pongo algo de música relajante y espero paciente. Diez minutos después al fin habla.

—Es Erika... ha intentado suicidarse. Me ha llamado una compañera para avisarme.

—¿En serio? —digo sorprendido.

Erika es una antigua novia de César. Es alemana y cada vez que viene a España se aloja en el hotel que tiene mi amigo. Sé lo que busca, y en esta ocasión ha llegado demasiado lejos... Cada vez que intento abrirle los ojos a César acabamos discutiendo. Está totalmente llevado por ella y nunca me escucha. Le maneja como si fuera un muñeco de trapo.

—No debí haberla echado así... —niega con su cabeza. Hace solo unos días Erika hizo creer a Natalia que César no la quería a su lado y ello provocó una discusión entre ellos, y cuando este se enteró de cuál fue la intención la sacó del hotel sin dudarle.

—Quizás está celosa y solo quiere llamar tu atención —me mira fijamente.

—¡Ella no es así! —dice casi gritando. Al ver que todavía la defiende, decido no volver a sacar el tema.

César abre la guantera del coche, aparta la libreta donde tomo todas mis notas y saca el cargador del móvil que tengo guardado ahí. Al hacerlo, deja caer la tarjeta de Laura. La toma con sus dedos y rápidamente busco una respuesta para darle si me pregunta, pero respiro aliviado al ver que, sin mirar, vuelve a guardarla donde estaba.

Tengo que admitir que no he podido sacar a esa mujer de mi cabeza en todo este tiempo. Hay algo en ella que no me acaba

de convencer... Aunque en un principio parecía alterada, pronto dejó de preocuparle lo que le sucedió a su amiga. Sus expresiones faciales son difíciles de interpretar, y eso me pone nervioso. Es tan jodidamente atractiva que no soy capaz de pensar con claridad. Está despertando en mí sentimientos que tenía prácticamente olvidados y bajo llave. Debo tener cuidado... no puedo dejarme llevar. Es mi principal sospechosa.

Dejo a César en el hospital, estiro las piernas un par de minutos y vuelvo al pueblo. Una vez allí, mando un mensaje a Natalia, tal y como César me ha pedido. Quiere asegurarse de que tenga mi número por si ocurre algo mientras él no está.

Pasan los días y no tengo noticias de César. Algo raro está pasando... Su teléfono está apagado cada vez que le llamo. Reclino el asiento y duermo en el coche cerca de la casa, como he estado haciendo los últimos días. Aviso a Natalia cada vez que tengo que ir a por comida o a tomar una ducha a una de las habitaciones que César ha alquilado en un pequeño hotel para estar cerca de Natalia. No pienso apartarme de ella hasta que mi amigo esté de vuelta. Debo mantenerla a salvo. No sería capaz de perdonarme otro error como aquel... Ya habrá tiempo para descansar como es debido.

Los primeros rayos de sol se filtran por la ventanilla y me despiertan. Me siento rápidamente y froto mis ojos con las manos. No puedo creer lo que estoy viendo... Mi corazón, ese que creía muerto en vida, está latiendo fuertemente en mi pecho. La preciosa rubia de curvas perfectas está cruzando la calle delante de mí sin percatarse. Antes de tocar la puerta se coloca el pelo y las ropas. Una mujer de unos cincuenta años abre. Supongo que es la madre de Natalia. Laura es tan escandalosa que la oigo reír desde aquí mientras hablan. Increíblemente, ya no me molesta tanto.



CAPÍTULO 4

Me pierdo en mis pensamientos durante un buen rato «¿Qué cojones me está pasando con esa chiflada? Es la segunda vez que la veo en mi vida y parezco un púber obsesionado». La puerta de antes vuelve a abrirse y tras ella salen varias personas. La rubia, Natalia y su padre. La madre se despide de ellos y los tres suben al mismo coche. Cuando han avanzado varios metros arranco y les sigo. Intentaré ser lo más cauteloso posible para que no se percaten de mi presencia. Tras varios minutos conduciendo, llegamos a las afueras del pueblo. Es el circuito del que me habló César. Al parecer, la familia de Natalia celebra todos los años una carrera benéfica y este año ella es una de las competidoras. Hay varias personas por allí colocando cosas. Aparco lejos de ellos y me bajo del coche. Camino hasta donde están y me quedo cerca de un pequeño almacén de ladrillos. Desde ahí puedo verles, pero ellos a mí no.

—¡Migueeeel! —grita Laura, y salta efusivamente sobre un muchacho que hay por allí. Me tenso. Noto mi sangre hervir en ese momento—. «¿Por qué tiene que ser tan escandalosa y efusiva? ¿Tanto le gusta llamar la atención?».

—¡Hola, Laura! —se besan en la mejilla. Estoy empezando a sudar. Elegí mal sitio. Hace demasiado calor aquí.

Charlan y ríen durante varios minutos. Caminan hasta unas pistas y pasan la mañana señalizando curvas y preparando cosas para la competición que se celebra mañana. Todo parece ir bien, excepto que, por alguna extraña razón, le rompería la nariz a ese tío. Sin conocerle de nada me está empezando a caer fatal. Se le ve demasiado “chulito”. Lo único que busca es llamar la atención de las chicas con posturitas y bailes absurdos.

Vigilo durante horas los alrededores. Nadie sospechoso se les acerca y todo parece estar tranquilo. No puedo quitarle el ojo de encima a Laura. Doy gracias porque no sabe que la observo. Sus movimientos son tan femeninos y delicados que me distraen continuamente. Así no hay quien trabaje. Cuando parece que han terminado vuelven a reunirse en el mismo lugar de antes.

—¿Qué os parece si salimos esta noche a tomar algo? —dice el muchacho mientras seca el sudor de su cara con el bajo de su camiseta. Con ese movimiento deja al descubierto sus abdominales—. «Ya está otra vez mostrándose... no le soporto».

Los ojos de Laura se clavan rápidamente en sus marcados músculos y mi cuerpo se tensa. «No lo puedo creer. La rubia no se pierde ninguna oportunidad. ¿No se da cuenta de que con esa actitud parece una desesperada? ¿Nadie le enseñó a esta mujer a comportarse en público?». Si antes el tal Miguel me caía mal, ahora directamente me cae peor.

—La verdad es que sí. Quiero salir un rato —oigo decir a Natalia—. Pasa a recogernos a eso de las diez. ¿Te viene bien a ti, Lau? —estoy seguro de cuál será su respuesta.

—Em... sí... —dice babeando y sin quitarle el ojo de encima. Hasta el payaso ese parece haberse dado cuenta. Trago saliva e intento relajarme. Mi cuello está comenzando a protestar. Levanto uno de mis brazos para hacer un estiramiento y justo en ese momento Natalia gira su cabeza y me descubre. Debería tener más cuidado. Aunque ella sabe que estoy aquí, podría haberme visto alguien más. Pero estoy tan cabreado que no soy

consciente de lo que hago. Tengo que calmarme. No hay razón para sentirme así.

Les sigo hasta la casa y espero paciente. Tras unas horas, veo un coche acercarse y estacionar en la entrada. Imagino que se trata de Miguel Ángel. Cuando toca el claxon y saca la cabeza por la ventanilla confirma mis sospechas. La puerta se abre y Natalia sale de la casa. Se ha puesto un vestido negro que no le queda nada mal. La respiración se me corta cuando tras ella aparece Laura enfundada en un apretado vestido rojo... De siempre ha sido mi color favorito, y verla así no hace más que reafirmarlo. Mi corazón late fuertemente. Se ve espectacular y radiante. El silbido de Miguel Ángel me saca de mi trance. Cuánto odio a ese tipejo.

Les sigo hasta el centro. Aparcan cerca de una piscina y yo lo hago un poco más abajo. No hace falta que salga del coche. Les veo perfectamente desde mi posición. Se han sentado en una terraza y les están atendiendo.

Tras varias rondas de bebidas sus movimientos corporales me indican que ya andan bastante perjudicados. No deberían tomar alcohol. Mañana es la competición y necesitan estar despejados. Cada vez que ese idiota pone la mano sobre el hombro de Laura mi cuerpo reacciona de mala manera. Me duelen los dedos de mantener mis puños apretados y contener mis ganas de salir y golpearle. «¿Por qué tiene que ser tan cariñoso con ellas?». Laura se levanta de la mesa y les deja solos. Camina hasta el bar. En mi retina queda por un segundo la imagen de sus caderas balanceándose mientras la pierdo de vista cuando entra.

“Estás muy guapa”, creo leer en los labios de Miguel Ángel. Pone la mano sobre la mejilla de Natalia y esta se tensa al instante. Responde algo que no logro distinguir y cruzan varias frases más. Está claramente coqueteando con ella. En dos ocasiones tengo que soltar la manilla de la puerta. Trato de calmarme para no salir del coche y romperle los dientes. Si César estuviera aquí ese tío sería hombre muerto. En un segundo, el muy cabrón se

le echa encima y consigue besarla. Mi respiración se acelera y ya no puedo contenerme más. Abro la puerta y salgo disparado hacia ellos. Mientras corro puedo ver cómo Natalia forcejea y consigue apartarlo. Le abofetea furiosa. Eso no es nada comparado con lo que yo estoy a punto de hacerle. Toma su bolso y cuando se gira para irse consigo sujetarla por uno de sus brazos. No puedo permitir que se aleje mientras destrozo a ese individuo. Su protección está por encima de mis ganas de matarle.

—¿Qué pasa aquí? —digo malhumorado. Respiro agitadamente.

—¿Quién coño eres tú? —replica.

—Eso a ti no te importa —digo cada vez más cabreado. Noto palpar la vena de mi cuello—. ¿Estás bien? —pregunto a Natalia mientras sujeto sus hombros para que me mire.

—Estoy perfectamente —ella también está molesta—. Y sé cuidarme solita, así que si no te importa déjame en paz —camina rápidamente mientras se aleja. Intento seguirla, pero Miguel Ángel me lo impide.

—Te ha dicho que la dejes en paz —siento arder mi sangre. Él también parece notarlo, porque comienza a apartarse de mí.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, y menos tú... —sujeto su camisa en un puño para que no se vaya, y cuando estoy a punto de golpear su cara, mi brazo se detiene.

—¡Álex! ¿Qué está pasando? —rápidamente me giro. Esa voz la conozco.

—¡César! Por fin apareces... ¿Dónde coño estabas? —no me da tiempo a hablar nada más con él. Corre en busca de Natalia. La hemos perdido de vista.

Valoro entre golpear a ese odioso ser o buscarla con él. Me decido por la segunda opción. Ya tendré tiempo para disfrutar la primera. Corro durante varios minutos por todas las calles de la zona. Me encuentro un par de veces con César, pero ninguno de los dos damos con ella. Parece como si la tierra se la hubiera tragado.

Mis pulmones arden, pero no pienso parar hasta encontrarla. No podría perdonarme si estando a mi cuidado llegara a pasarle algo. Giro en una esquina y me encuentro con ellos abrazados. El alivio que siento en ese momento es indescriptible. Me detengo y pongo las manos sobre mis muslos intentando coger aire.

—¡Maldita sea, Natalia! —apenas puedo hablar—. ¿Qué coño te pasa? —César me mira y pone su dedo en los labios en señal de silencio. Sabe que soy difícil cuando me cabreo, y Natalia parece estar llorando. Hace un gesto para que me marche y entiendo que quiere quedarse a solas con ella. Respeto su decisión, y sin decir nada más vuelvo a la terraza. Espero que Miguel Ángel esté todavía allí. Necesito desahogarme...

—¡Álex! —Laura viene corriendo hasta mí—. Por la descripción que me ha dado Miguel Ángel no podías ser otro —sonríe. Ella no sabía que estaba aquí—. ¿Habéis encontrado a Natalia? —dice clavando sus ojos verdes en los míos. Por fin puedo verlos a la luz. Son impresionantes, como toda ella. De cerca es todavía más hermosa. Las ganas de golpear a su amigo se esfuman.

—Está... con César...

«¿Por qué me cuesta hablar?».

—¿Viniste con él? —cruza sus brazos haciendo que su pecho se eleve. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirar.

—Vine tras él —miento mientras rasco mi cabeza.

—Por cierto, musculitos, estoy muy enfadada contigo —su respuesta me sorprende y la miro extrañado—. No me llamas-te —sonríe de nuevo.

—Lo... Lo siento... —«¿Qué me pasa?»—. No salgo con chicas.

—¿En serio? ¿Eres gay? —su mirada se intensifica.

—No... —estoy sintiéndome incómodo—. Es solo que...

—¿Eres virgen? —ríe.

—Bueno... —es tan directa que no soy capaz de pensar en una respuesta. Me estoy poniendo muy nervioso.

—¡Eres virgen! —grita mientras lleva las manos a su boca y la gente nos mira.

—Tengo que irme... —respondo mientras me giro y camino hasta el coche.

«Genial, lo que me faltaba hoy», me digo. «¿Por qué coño no he desmentido eso? ¿Por qué me he puesto tan nervioso?». Resoplo.

CAPÍTULO 5

Saber que César ha vuelto me relaja. Esta noche dormiré plácidamente en una cama. El asiento del coche está haciendo estragos en mi cuerpo y mi espalda lo agradecerá. Conduzco hasta el hotel. Abro la puerta de mi habitación y pongo todas mis cosas en una mesita. Me echo sobre la cama dejando salir un gruñido interno. Estirarme sobre el colchón es tan doloroso como placentero. Estoy realmente cansado.

Me quedo mirando la lámpara del techo. Los pequeños cristales verdes que cuelgan de ella me recuerdan a los ojos de Laura. Su mirada se me ha grabado a fuego. Mi mente comienza a divagar. «Mierda». Me siento rápidamente. Tengo que sacarla de mi cabeza como sea. Decido que es el momento de darme una ducha. Estoy a punto de terminar cuando mi móvil suena. Enrollo una toalla alrededor de mi cuerpo y salgo a buscarlo. Es un mensaje de un número que no está en mi agenda.

Hola, musculitos, ¿me echabas de menos? Espero que no te importe que le haya robado tu número a Natalia.

No hace falta ser muy listo para saber de quién se trata. Miro el teléfono, incrédulo. «Lo de esta mujer no tiene nombre». Me quedo pensativo durante unos segundos. «¿Debería responder?». Mi respiración se acelera. Suelto el aparato sobre la mesita como si quemara. Ni siquiera debería haber pensado en hacerlo. Jamás

faltaré a mi promesa. Abro las sábanas de la cama y me acuesto. Necesito apagar mi cerebro, hoy ha sido un día duro.

Pasan las horas y por más que lo intento soy incapaz de conciliar el sueño. Laura se pasea libremente por mis pensamientos y no puedo dejar de pensar en ella. «¡Maldita sea!». Pongo la almohada sobre mi cara. Cuanto más trato de pensar en otra cosa, más clara veo su imagen. Ese vestido rojo ceñido a su cuerpo me está intoxicando. Cuando por fin estoy quedándome dormido, suena la alarma. Resoplo. Es hora de levantarse y estoy agotado. La carrera comenzará en un par de horas. Me preparo y salgo de la habitación. Toco en la puerta de César. Su cuarto está pegado al mío.

—¿Qué le pasa a tu cara? ¿Te ha visitado el monstruo del armario? —César se mofa.

—No tiene ninguna gracia —digo malhumorado—. ¿Por qué coño no me has llamado estos días? —hasta ahora no he tenido ocasión de hablar con él—. He estado preocupado, tu móvil siempre aparecía apagado o fuera de cobertura.

—Puff —niega con su cabeza—. Erika lanzó mi teléfono contra la pared y quedó inservible.

—Vaya... veo que se ha recuperado muy rápido. ¿Por qué razón hizo eso?

—La descubrí husmeando en él y tuvimos una gran discusión —mira al vacío recordándolo—. Todos vuestros números los tenía grabados ahí, y no tuve forma de comunicarme con vosotros hasta que regresé.

—¿Descubriste qué es lo que buscaba?

—No tengo ni idea. Imagino que estaría leyendo mis mensajes.

Me quedo pensativo. Es todo muy extraño. Caminamos en silencio hasta el coche y conduzco hasta la casa de Natalia. Dejo a César en la puerta y continúo hasta el circuito. Quiero revisarlo todo antes de que lleguen. Por lo que me han contado, se agrupa mucha gente allí y sería más difícil después. Aparco cerca

de las pistas y camino despacio observándolo todo. Hay varios puestos de bebidas. Todo ha cambiado en apenas unas horas. Parece otro lugar. Los minutos pasan y llega más gente. Tras inspeccionar la zona, decido colocarme cerca de un árbol. El nivel del suelo ahí es más alto y puedo ver mucho mejor. El móvil vibra en mi bolsillo.

Estamos llegando.

Es un mensaje de César. Giro a mi derecha y les veo. Laura viene con ellos. Mis pulsaciones se aceleran y trato de calmarme. Cuando salen todos del coche, se dispersan y preparan algunas cosas. Al cabo de un rato, vuelven a reunirse en uno de los chiringuitos de bebida fría. Natalia y Laura caminan hacia alguien. Mis puños se cierran al descubrir que ese alguien es Miguel Ángel. César se queda con los demás, imagino que después de lo de anoche mi amigo también tiene ganas de matarle y prefiere no tenerle delante. Unos minutos después, veo cómo Natalia camina hacia las pistas. La competición va a comenzar. He perdido de vista a Laura, pero no me preocupo, tengo localizados a quienes tengo que proteger. Suena el pistoletazo de salida y todos los coches arrancan al mismo tiempo. Tras dar varias vueltas, compruebo que a Natalia no se le da nada mal esto; está adelantando a los demás apenas sin esfuerzo alguno. Ha conseguido colocarse en el tercer lugar.

—¿Qué haces aquí? —mi corazón se para casi al instante. Reconocería esa voz hasta debajo del agua. Me ha descubierto.

—Desde aquí tengo mejor vista —digo sin volverme. La tengo a mi espalda.

—Vaya, tienes razón. Las vistas son impresionantes —ríe. Sé que está mirando mi culo. Aprieto fuertemente los dientes y trago saliva.

—Vuelve con ellos. Me apetece estar solo —su presencia me altera tanto que no puedo centrarme en lo que estoy haciendo. Oigo sus pasos acercarse y se coloca a mi izquierda.

—Eres muy grosero. Me recuerdas al Pitufu Gruñón.

—¿Y lo dice Pitufina? —oigo cómo ríe.

—Vaya, tienes sentido del humor. ¿Lo dices por el color de mi pelo? —toma uno de sus mechones y lo mira.

—No, lo digo por tu molesta voz.

—¿Se puede saber qué te pasa? —cruza los brazos a la altura de su pecho y se coloca delante de mí. Cuando sus enormes ojos verdes se posan en los míos, todo pasa instantáneamente a un segundo plano. No sé qué es lo que debe estar viendo en mi cara, pero su expresión cambia de enfado a extrañada.

Varios gritos nos alertan. Corto el contacto visual con ella y miro rápidamente hacia el circuito. El coche de Natalia ha salido de las pistas y se dirige al público. Salta por los baches. Busco entre la gente a César y veo que está arrodillado junto al padre de Natalia.

—¡Mierda! —grito y salgo corriendo hacia ellos.

—¡Dios mío, José! —oigo decir a Laura, pero no me espero y la dejo atrás.

Llego hasta Natalia y trato de calmarla. La pobre chica está histérica. Sus hermanos no están mejor. Por lo que puedo comprobar, su padre ha sufrido algún tipo de fallo orgánico. César está practicándole la respiración cardiopulmonar. Todos nos apartamos para dejar paso a la ambulancia.

—¡Álex! ¡Al helipuerto! —me grita César—. El recorrido al hospital es demasiado largo para hacerlo en carretera.

«Mal asunto», me digo. Asiento y levanto a Natalia del suelo. Está totalmente desolada.

—Vamos. Tu padre tiene que volar —necesito que reaccione. César va con ellos—. ¡Vamos! —tiro de ella y corremos hasta mi coche.

Veo a Laura tranquilizando a los hermanos, y suben al vehículo de Miguel Ángel. Todos nos dirigimos al helipuerto. Nada más llegar, Natalia abre la puerta y sale corriendo. Tengo que correr tras ella, pero consigue llegar hasta su padre antes de que pueda alcanzarla.

—¡Papá, tienes que aguantar! —llora. Los hermanos también le gritan ánimos—. ¡Tienes que salir de esta! ¡Papá, por favor! Por mamá, por tus hijos, te queremos... —sus palabras me llegan. Varios recuerdos vienen a mi cabeza. Trato de no pensar en ellos, no es el momento. Aparto con delicadeza a la chica de su padre. Puedo hacerme una idea de la impotencia que siente.

—Hay que dejarles trabajar —le digo.

—¡Nooooo! —grita de nuevo al ver cómo colocan las palas del desfibrilador sobre su pecho y el helicóptero despeg.

—Ya me encargo yo —oigo decir a César. Toma a Natalia en brazos y monta en el coche con ella.

—Vamos al hospital, Álex —arranco y conduzco hasta allí.

Cuando llegamos, César consigue hablar con los médicos. Parece que no hay buenas noticias y la única solución es esperar. Las siguientes horas serán decisivas. Hablan entre ellos, lloran y se abrazan. Laura y Miguel Ángel están apartados, entienden que deben dejar a los tres hermanos tranquilos. Es un momento muy íntimo y entre ellos saben apoyarse bien. Me siento fuera de lugar y decido salir a la calle. Necesito aire, todo esto me está afectando. Casi una hora después, César me llama al móvil.

—Álex, tienes que volver al pueblo y traer a la madre de Natalia.

—De acuerdo. ¿Cómo sigue?

—Está bastante fastidiado...

—Pobre hombre... Voy a por ella —nos despedimos.

Guardo mi teléfono en el bolsillo y cuando levanto la mirada me encuentro con la de Laura.

—¿Vas al pueblo a por Pilar?

—Sí —contesto secamente. Estoy prácticamente paralizado. Intento evitar por todos los medios que descubra cuánto me afecta su cercanía. Realmente hasta yo estoy sorprendido, jamás me he sentido así.

—Voy contigo.



CAPÍTULO 6

—No... No es necesario —respondo rápidamente. Mi cuerpo está rígido.

—Sí lo es —dice seriamente.

—Haces más falta aquí, quédate con Natalia o con tu amiguito Miguel Ángel. Te necesitan. A mí no me hace falta nadie al lado para viajar. «¿Acabo de decir eso? ¿Qué coño me pasa? No soy capaz de medir mis palabras cuando la tengo cerca».

—¿Perdona? —sus ojos se abren, sorprendidos—. No sé de qué estás hablando, pero conozco a Pilar como si fuera mi madre. No es por ti por quien voy —hay cabreo en su mirada.

—No es eso lo que he querido decir... —me interrumpe.

—Ya me has dejado claro que por alguna razón sientes antipatía hacia mí. Es a la madre de Natalia a quien hago falta. No te creas el ombligo del mundo, musculitos.

—Estás hablando cosas que no son...

—Está sola y no sé si podrás hacerte una idea de cómo debe sentirse en este momento. ¡Pero yo sí! —grita—. Y no creo que viajar al lado de un estúpido como tú le ayude —clava su dedo en mi hombro malhumorada y me aparto para que pase. Pongo los ojos en blanco. Hemos acabado exactamente igual que la primera vez que nos vimos. Caminamos en silencio. La tensión puede cortarse con un serrucho. Presiento que va a ser el viaje más largo de mi vida.

—¿Acaso sabes dónde está mi coche? Parece que caminas muy decidida —me mofo.

—Solo un insoportable presumido como tú aparcaría un Audi A6 gris en un Vado permanente —lo señala con el dedo—. Deberías dar gracias de que no se lo haya llevado la policía todavía.

—¿Cómo coño has sabido dónde estaba mi coche? —estoy realmente sorprendido.

—¿Cómo coño supiste tú dónde estaba el mío? —me deja sin palabras, merezco esa contestación.

—Oye... —me mira de nuevo mientras rasco mi cabeza. Intento no tener demasiado contacto visual con ella y continuo—. Siento ser tan borde... —sé que mi carácter es muy fuerte y siempre trato de suavizarlo cuando hablo con alguien. No sé por qué con Laura no lo logro.

—Vaya... Mr. Musculitos también sabe disculparse —lo cierto es que ella tampoco ayuda. Otra vez que tengo que morderme la lengua para no decir lo que pienso.

—Sí, también sé —digo secamente mientras abro la puerta del coche, subo y cruzo los dedos para que no se siente conmigo—. «Mierda». La puerta del copiloto se abre y se coloca a mi lado.

—¿Qué música tienes? —abre la guantera y saca la libreta donde tengo todos mis apuntes. Me tenso. Ahí hay varias notas sobre ella y la investigación que estoy llevando a cabo para encontrar a Mario. Me relajo cuando la deja sobre el salpicadero para seguir buscando entre los CD.

—¿Quieres hacer el favor de no tocar mis cosas? —vuelvo a poner todo en orden—. Si quieres escuchar algo tendrás que conformarte con lo que tengo en el reproductor —antes de que termine de hablar ya le ha dado al botón.

—¡Joder! Eres un muermo, tío. ¿En serio te gusta esto? —a veces escucho música clásica.

—Me relaja —contesto—. Ahora, por favor, no hables demasiado. Me distraes y necesito concentrarme en la carretera —arranco el motor y salimos del aparcamiento.

Abre su bolso y saca el móvil. Conecta un cable al reproductor y me mira.

—Ahora vas a saber lo que es buena música.

Por los altavoces del coche comienzan a sonar campanadas y pisadas de caballo. La miro extrañado.

—¿Qué coño...?

—Paciencia —sonríe. Unas potentes guitarras, junto a una marcada batería, rompen el silencio. No esperaba que le gustara este tipo de música. Me sorprende.

—No está mal —digo sin mucho ánimo para que no crea que ha ganado. Con mi música nadie se mete.

—Escúchala, es muy buena —sube más el volumen. Tras algunos segundos, descubro que la letra habla de sexo. Me incomodo. A ella parece no importarle lo más mínimo y comienza a cantar, sorprendiéndome de nuevo. No entiendo cómo puede mantenerse alegre en un momento así. Debería estar sufriendo por el padre de su amiga.

Si llega el frío, ven. Que me refugiaré entre tus piernas. Enséñame a leer tu cuerpo en braille si estamos a ciegas. Me mira y una extraña corriente eléctrica recorre mi espalda. Sigue cantando mientras yo intento calmarme. Es tu mirar, tu manera de andar. Y el morderte los labios cada vez que vuelvo a entrar. Me muevo inquieto en el asiento. Una parte de mí está despertando. Esas frases en su boca me afectan de una manera que no hubiera imaginado jamás.

—¿Cómo se llama el grupo?

—Se llaman NADYE y son de Madrid. Esta canción es *El último minuto en la Tierra* —me mira alegre—. ¿A que suenan bien?

—Sí, la verdad es que sí... —realmente me gustan.

—Tocarán en unos días en el centro. Me gustaría ir, pero nadie parece estar libre ese día —siento sus ojos de nuevo en mí—. Podrías venir conmigo —mi respiración se corta.

—No, creo que... No creo que pueda... —trato de concentrarme en la carretera.

—Vaya, pues tendré que ir sola —no me gusta esa frase.

—¿Sola? —la miro por un segundo.

—Sí. No sería la primera vez —sonríe—. Lo he hecho varias veces y después de todo lo he pasado bien —siento un nudo en mi estómago. Hay mucho cabrón suelto por ahí y podría pasarle cualquier cosa.

—¿Cuándo tocan? —definitivamente soy idiota. ¿Estoy pensando en ir con ella?

—Este fin de semana. ¡Dime que vendrás! —da palmaditas.

—Primero tendrás que ver qué ocurre con ese hombre, ¿no crees?

—Si ocurre algo con José, Dios no lo quiera, se anula todo. Pero como no tenemos una bola del futuro debemos seguir con nuestras vidas —mira al vacío—. Realmente estoy muy preocupada por él, pero hay que llorar cuando pasan las cosas y no antes. Si todo sale bien, ¿me acompañarás?

—Veré qué puedo hacer... —pienso en su respuesta. Algo de razón lleva.

—¿Eso quiere decir que lo intentarás? —está emocionada. Es extraño, pero me agrada verla así.

—Ya veremos.

El camino hasta el pueblo es más tranquilo de lo que imaginaba. Poco a poco consigo relajarme. Laura es quien habla la mayor parte del tiempo. Yo me limito a contestar a sus preguntas con monosílabos y poco más. Se queja constantemente pero no me importa. Cuanto más habla, más cosas descubro de ella. Es una persona con carácter, autosuficiente y sabe lo que quiere. Es algo que valoro mucho en las personas. Llegamos hasta la puerta de la casa y antes de que termine de parar el motor se baja.

—Voy yo, tú espera aquí —asiento.

Unos minutos más tarde sale con ella. La pobre mujer viene llorando y con un pequeño bolso colgando del brazo. Siento una punzada de dolor. Es tan duro verse en esa situación. Bajo rápidamente del coche y abro la puerta trasera para que entren.

—Hola, señora Pilar. Soy Álex —le extiendo mi mano y la toma. Laura me sonríe en aprobaci3n.

—Hola,  lex —aunque llevo varios días por aquí, la mujer no sabe de mi existencia.

La vuelta al hospital es bastante más dura. Laura hace todo lo posible por animar a la madre de Natalia, pero es una tarea prácticamente imposible. Está rota de dolor y se culpa por no haberle obligado a cuidarse más. Jura y perjura que, si sale de esta, no permitir  que se salte la dieta ni un solo día.

Cuando entramos al hospital, Pilar abraza a sus hijos. Nadie se da cuenta de que Laura ha venido conmigo. Sin decir nada para no interrumpir el momento, camina hasta Miguel  ngel y se sienta a su lado. Le sonríe por algo que ha dicho y siento calor en mi est3mago. No me gusta verles juntos. « C3mo puede hablarle todavía después de lo que le hizo a Natalia?». Decido salir afuera de nuevo. Camino durante horas por las calles de Toledo tratando de buscar una explicaci3n a lo que me está pasando con ella, pero por más vueltas que le doy no la encuentro. Oigo su risa en mi cabeza una y otra vez. Su mirada, su perfecta y perfilada boca... Paro en un parque y me siento en uno de los bancos. Estoy agotado, es mi tercera noche sin dormir, pero sí que ni en una cama hubiera podido conciliar el sueño. No paro de pensar en Laura. Mi est3mago protesta y decido buscar algún establecimiento abierto. Tengo entendido que las panaderías abren temprano. Tras varias vueltas, por fin logro encontrar una pequeña tienda. Hay poco donde elegir. Compramos batidos, zumos y dulces para todos. Seguro que ellos también estarán hambrientos.

Entro al hospital y reparto la compra. Todos agradecen el gesto, incluido Miguel  ngel. Estoy entregándole a Laura uno de los batidos cuando un médico con una bata blanca se acerca.

—Buenos días —nos dice mirándonos a todos—. Soy el doctor Martín. El card logo de guardia y quien est  atendiendo hoy a José —todos se ponen en pie—. Como ya saben, ha llegado en

bastante mal estado, y hemos tenido que intervenirle quirúrgicamente.

—¿Cómo está? —pregunta Natalia.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el doctor sin responder a su pregunta.

—¡Eso no importa! —está demasiado nerviosa. Necesita saber cómo está su padre—. Por favor, no lo alargue más y díganos cómo está mi padre.

César se mueve inquieto. Noto que también está empezando a impacientarse.

—¿Eres Natalia? —todos nos sorprendemos. ¿Cómo sabe su nombre?

—Sí —dice la muchacha cada vez más pálida. El médico sonríe. No me gusta su actitud, debería dejar de alargar la angustia de esta pobre gente. Laura está mirando en su dirección con la frente arrugada.

—¿Y si te digo que tu padre no para de preguntar cómo has quedado en la carrera? —mis ojos se abren de par en par. No le conozco, pero me alegro de que esté despierto. Todos gritan. De pronto, los brazos de Laura me rodean y su cuerpo queda totalmente pegado al mío.

—¡¡Sí, sí, sí!! —grita mientras me abraza. Está emocionada. Siento su calor corporal, y es agradable. No sé cómo reaccionar ni dónde poner mis manos—. ¡Lo va a conseguir! —dice sin soltarme mientras su aliento roza mi cuello. Estoy seguro de que debe estar oyendo mi corazón latir fuertemente.

—Despertó hace un par de horas —Laura se aparta para poder escuchar lo que el doctor está diciendo y siento un vacío al instante—. Hemos querido ser prudentes, y por esa razón hasta ahora no les hemos dado la noticia. Creemos que el pronóstico pueda ser favorable, y con algunos cuidados conseguirá recuperarse.

—¡¡¡¡¡! —grita de nuevo y vuelve a colgarse de mi cuello. Esta

vez pongo mis manos en su cintura. Inhalo su olor y siento que pierdo el equilibrio. Cierro mis ojos y me dejo llevar por su increíble aroma. Ella también ha notado algo extraño. Poco a poco se aparta de mí, mirándome fijamente. Hay rubor en sus mejillas.

—Su padre tiene un ángel de la guarda —la voz del médico nos interrumpe—. Si no hubiera sido por los primeros auxilios que recibió en el momento crítico y la rapidez de actuación les aseguro que ahora mismo estaría dándoles una noticia muy diferente—. Todos miramos a César.

—No me miréis así —dice—, solo he hecho mi trabajo.

Natalia se lanza sobre él.

—Eres MI ÁNGEL —le sonrío. Todos se acercan y le agradecen lo que ha hecho. La verdad es que es un gran profesional.

El doctor les avisa de que no podrán ver a su padre hasta pasadas 24 horas y se marcha. Según ha explicado, cualquier emoción puede afectarle de manera negativa por su delicado estado de salud.

—Yo... debería marcharme ya —dice Laura—. Tengo que entrar a trabajar en unas horas y hasta mañana no dejarán pasar a nadie —César está diciéndole a Natalia lo mismo. Está agotada y quiere que descanse.

—Te acompaño —digo sin pensar, y me mira sorprendida.

—No hace falta —juraría que habla con timidez.

—No es por ti —le guiño un ojo—. No te creas el ombligo del mundo, rubita —uso sus palabras y sonrío ampliamente cuando entiende mi broma—. Tengo que ir a por mi coche. Por lo que estoy oyendo, César y Natalia también se marchan.

—Lo digo en serio, Álex, no es necesario —mi nombre en sus labios suena tan bien que no puedo dejar de mirar su boca—. La parada de bus está a unos metros de aquí.

—Es cierto, viniste con Miguel Ángel y los hermanos de Natalia. Puedes regresar al pueblo con nosotros y así recoges tu coche.

—Lo tengo en Madrid —sonrío de nuevo—. Veo que ya no

me sigues la pista. Preferí viajar en transporte público porque apenas dormí. Me tocó turno de noche en el trabajo.

—Bien pensado —yo debería hacer algo parecido. En cuanto lleguemos trataré de dormir como sea. Necesito descansar—. De todas maneras, me pilló de camino —insisto—. ¿Vamos? —asiente.

—¿Entonces cuento contigo para el concierto? —dice de pronto.

—No lo sé. Tengo que ver cómo estoy de trabajo ese día.

—Venga, no creo que César se niegue a darte un día libre para salir conmigo —levanta sus cejas repetidas veces.

—¿Si acepto serás capaz de mantener la boca cerrada y no contarles que vamos juntos? —me mira extrañada—. No me apetecería nada tener que soportar sus risas burlonas después de esto —ríe. Sabe a lo que me refiero.

—Está bien. Será nuestro secreto. Gracias, musculitos —el autobús llega en ese momento. Besa rápidamente mi mejilla y sube al vehículo. Me quedo inmóvil mirando al vacío. Siento hormiguear la zona donde sus labios han hecho contacto con mi piel.

«No puede estar pasándome esto», me digo. Una bola de remordimientos se agolpa en mi estómago. «No puedo serle infiel a Gema pensando en otra».

CAPÍTULO 7

Al fin llegamos al hotel. El nuevo viaje ha acabado conmigo y apenas puedo mantener mis ojos abiertos. Estoy hecho papilla. Necesito una cama como el comer. César me manda un mensaje. Parece que él y Natalia pasarán el día juntos. Saco mi teléfono y contacto con una grúa para que traigan el coche de César hasta aquí. Lo dejó en las pistas y no tengo fuerza para ir a recogerlo personalmente. Camino como un zombi hasta mi habitación y cuando abro la puerta me dejo caer sobre la cama, no me molesto ni en descalzarme... No me da tiempo a pensar en nada más. Me duermo rápidamente. Unas horas después, me despierta el sonido del móvil.

Álex, vamos a casa de Natalia a por algunas cosas que necesitamos.

Contesto:

En tres minutos me tenéis detrás.

Me levanto con esfuerzo y entro al baño. Me mojo la cara para despejarme y me coloco el cabello. Está algo alborotado. Cuando salgo a la calle todavía están en el coche. Subo al mío y conducimos hasta la casa de los padres de Natalia. Hay algo extraño en la fachada. Algunas ventanas no brillan como las demás.

—¡César! —le grito y se gira—. ¡Espera! No entréis —corro hasta ellos. Miro nuevamente y descubro que están rotas—. Entrad en el coche hasta que salga.

—Sube al coche y ponle el seguro, Natalia —dice César a la chica—. Voy contigo, Álex, espera.

—Tú te quedas aquí —le digo seriamente—. Meteos los dos ahora mismo ahí. ¡Hasta que yo os diga! —grito nervioso. No me gusta nada lo que veo.

—Voy contigo —replica César.

—Esto no es un juego. ¿De acuerdo? —cada vez me cabrea más. Es peligroso y parece no darse cuenta—. Ahora entra en el maldito coche hasta que yo te diga lo contrario.

Por fin obedece y hace lo que le pido. Pongo la mano en mi pistola para sacarla rápidamente si es necesario y entro a la casa. Reviso las habitaciones una por una y con cuidado. Parece que todo está despejado y no hay peligro. Salgo a por ellos.

—No hay nadie en la casa. He revisado todas las habitaciones y están limpias. Si necesitáis entrar, es el momento —les digo—. Por lo que he podido comprobar, todo el destrozo ha sido desde fuera. Han lanzado piedras para romper los cristales. Incluso puede deberse a una chiquillada.

—De acuerdo —dice César—. Aunque creo que está lejos la opción de la chiquillada. Luego hablamos —le miro extrañado. Ellos deben saber algo que yo no sé.

Cuando estamos dentro encontramos las piedras con las que han roto las ventanas, pero una en particular llama nuestra atención. Está envuelta en fotografías. Las revisamos una por una y en casi todas aparecen Mario y Natalia. Hay insultos escritos sobre el rostro de ella. La última nos deja sin habla. Es de hace solo unos días. Son César y Natalia en la puerta de casa de sus padres. Hay algo escrito en esta también, y ocupa toda la foto. «TÍRATELA AHORA QUE PUEDES, PRONTO ESTARÁS LLORÁNDOLA». Me tenso. El muy hijo de puta está en el pueblo. Un estruendo nos sobresalta y rápidamente apunto con mi arma a la zona de donde proviene el ruido. César cubre a Natalia con su cuerpo. Tres segundos después descubro el porqué.

—¡Maldito gato! —grito mientras guardo mi pistola. Debe de haberse colado por las ventanas rotas y ha echado abajo las cortinas. Nos relajamos.

—Álex, ¿crees que podrías hacerte cargo de todos estos destrozos antes de que venga la familia de Natalia? No me gustaría preocuparles más. Bastante tienen ya.

—Claro, no habrá problema —aseguro—. Ya es prácticamente de noche, me quedaré aquí para evitar que algún ladrón entre y por la mañana buscaré a las personas indicadas.

—Hoy tendrás que dormir en el hotel conmigo —le dice pícaramente a Natalia. La pobre muchacha me mira y se sonroja. Minutos después se marchan y me quedo al cargo.

Otro ruido me altera y compruebo que de nuevo el gato ha vuelto a hacer de las suyas. Lo primero que haré será sacarle de la casa.

—Ven, gatito... gatito.... gatito... —le llamo, pero parece no inmutarse. Camino hasta él y me sopla. Sus ojos brillan como si fuera el mismísimo diablo—. ¡Jodido gato, no juegues conmigo! —prácticamente le grito. No me gustan estos animales, siempre he oído que son muy traicioneros. Intento asustarle para que se marche. Con suerte saldrá por donde entró, pero no hay manera. Me mira como si yo fuera el ser más insignificante de la tierra. No le asusto lo más mínimo—. ¡Vamos, largo! —levanto los brazos—. ¡Fuera de aquí! —vuelvo a levantarlos y de un salto se lanza contra mi cara—. AAAGRRR —grito—. ¡LA MADRE QUE TE PARIÓ! —solo veo pelo, pelo y más pelo. Sus finas uñas se clavan una y otra vez en mi frente. Es peor que caer de boca encima de un cactus. Me golpeo con los muebles tratando de librarme de él. No veo por dónde voy. Cuando por fin lo consigo, vuelve a mirarme altivo desde el suelo y sale como si nada por una de las ventanas, dejándome con un gran sofoco y la cara llena de arañazos. Le odio.

Camino hasta el baño y quiero morirme cuando me miro en

el espejo. Mi cara parece un cuaderno de música lleno de pentagramas. Me aclaro con agua, no quiero que se me infecte. A saber dónde ha tenido metidas las uñas. Mi móvil suena en el bolsillo.

—¿Sí? —respondo, ya que no sé quién es.

—Ei, musculitos, ¿cómo va todo por allí? —abro mis ojos al oír la voz de Laura.

—Emm... regular —digo mientras vuelvo a respirar y trato de calmarme. No esperaba su llamada.

—¿Ocurre algo? —su tono es de preocupación.

—Sí, bueno... —otra vez que se me olvida cómo se habla—. He tenido una pelea a muerte con una bestia salvaje —por fin consigo arrancar. Seco con un papel mi frente mientras miro mi reflejo.

—¿¡Cómo!? —aparto el teléfono de mi oído; ha estado a punto de pulverizarme el tímpano.

—¿Puedes no gritar? Seguro que te han oído hasta en la Nasa —protesto.

—¿Qué ha pasado? —baja su tono.

—Un jodido gato me atacó —oigo cómo se ríe—. No tiene ni puta gracia —explota en carcajadas—. Adiós —me despido malhumorado y cuando estoy a punto de colgar vuelvo a oírla.

—Espera, espera. Lo siento —trata de contenerse—. Es que la imagen que he visto en mi mente es muy cómica. ¿Te ha hecho daño?

—¿Tú qué crees? Precisamente besos no me ha dado... —vuelve a reír.

—Si sigues hablando así no podré sujetarme. ¿Te has desinfectado la zona? En sus garras debe haber de todo. Hace “croquetas” con sus propias cacas para taparlas con arena.

—Gracias por la aclaración. No se me había ocurrido —digo con sarcasmo—. ¿Por qué llamas?

—Qué borde eres —tiene razón, siempre me pasa con ella.

Creo que es porque me pone nervioso—. Solo quería decirte que ya compré las entradas y que espero que finalmente puedas venir. No es para presionarte ni nada, es que no quiero quedarme sin ellas. Si por alguna razón no puedes, no te preocupes, algún fan me agradecerá el gesto cuando se la regale.

—Está bien, te avisaré con lo que sea.

—¿Cuándo volvéis a Madrid?

—Mañana. César trabaja.

—¿Tendrás mucho trabajo cuando regreses? —es extraño. No entiendo por qué tanto interés. Algo pasa.

—Mañana sí, pero pasado estaré más tranquilo —aquí hay gato encerrado y los gatos no me gustan. Mario sabía que Natalia estaba en el pueblo por alguna razón, y creo que pronto encontraré la respuesta.

—Yo tengo el día libre. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo? Tengo que hacer algunas compras y estaré por la zona.

—Sí. está bien. No creo que haya problema —necesito ver qué puedo descubrir.

—¡Vaya! Pensé que te negarías.

—Pues ya ves que no es así —respondo secamente.

—¡Pues nos vemos pasado mañana! Cuídate hasta entonces y limpia bien esas heridas —ríe.

—Muy graciosa... —cuelgo y me quedo mirando al teléfono—. «Solo iremos a tomar algo. Es parte de mi trabajo», me digo. «Necesito descubrir hasta dónde está involucrada en esto». Parece que mis propias palabras hacen efecto.



CAPÍTULO 8

Laura

Río a placer aprovechando que acabo de colgar y no me oye. «¿Cómo es posible que un gato te ataque así?». Niego con mi cabeza y vuelvo a reír fuertemente imaginando la escena. Pobre hombre... Respiro profundamente para calmarme y me quedo mirando al vacío mientras recuerdo la conversación. «Ha dicho que sí». Digo con el teléfono pegado a mi pecho. El hombre de piedra está cediendo.



Álex me ha mandado un mensaje. Hemos quedado en uno de los bares que hay cerca del hotel dentro de una hora. Voy con el tiempo justo y todavía no he decidido qué voy a ponerme. Jamás imaginé que una cita con un chico pudiera alterarme tanto. Realmente estoy sorprendida. Es la primera vez que soy yo quien toma la iniciativa invitando a alguien, pero es que está tan bueno. Y la verdad es que no esperaba que aceptara cuando hablamos por teléfono. Es un tipo muy raro, pero me encanta eso de él, nunca sé cuál será su reacción. No es para nada predecible. Estoy cansada de hombres que parecen estar cortados por el mismo patrón. Me aburren. Álex es todo lo contrario, tiene un

toque místico que atrapa, y cuanto más difícil me pone las cosas más me gusta. Siempre me han gustado los retos.

He tenido muchas citas durante toda mi vida. Odio las relaciones estables y la monotonía. A la semana ya me he cansado de ver la misma cara. Dicen que es porque todavía no me he enamorado, y en parte tienen razón. Todavía no he experimentado esas cursiladas de las que hablan las parejas. ¿Qué es eso de no poder vivir el uno sin el otro? Definitivamente, es algo que no quiero saber. La dependencia no es lo mío. Vivo muy a gusto sin tener que dar explicaciones a nadie.

Por fin saco un pantalón blanco del armario. Ni siquiera recordaba que lo tenía. Tengo cientos de prendas sin estrenar. Siempre que salgo de compras vengo cargada de bolsas que una vez cuelgo en las perchas me olvido de que existen. Reconozco que compro compulsivamente, no lo voy a negar, pero es algo que no puedo evitar y que además me divierte. Disfruto como una loca haciéndolo.

Me decido por una blusa roja. Es un color que me va bien y realza mi cabello. Perfiló mis ojos en negro y marco mis labios con una barra carmesí. «¡Lista!», digo mientras me miro en el espejo. Me calzo las sandalias negras y me cuelgo el bolso al hombro. Tomo las llaves y me dirijo al coche.

—Vaaaya... —oigo que dice detrás de mí una voz conocida. Silva. Cierro los ojos, molesta—. ¿Dónde va ese bombón? —me giro y trato de fingir una sonrisa.

—Voy de compras y llevo mucha prisa, Jorge —muevo mi mano de espaldas a él a modo de despedida mientras bajo rápidamente los escalones.

Jorge puede considerarse el mayor error de mi vida. Es mi vecino desde hace dos años. Al principio teníamos una buena amistad y salíamos juntos algunos fines de semana. Desde entonces no para de intentarlo conmigo. Estoy harta de explicarle que no volverá a pasar, pero no pierde la esperanza y se pone muy pesado.

Cuando llego al aparcamiento veo que alguien ha dejado un coche en marcha y en doble fila justo detrás del mío. Subo y espero. Imagino que no tardarán llegar. Hasta las ventanas están bajadas. Los minutos pasan y nadie viene a retirarlo. Comienzo a tocar el claxon impaciente y el dueño sigue sin dar señales de vida. Al final llegaré tarde a mi cita. En uno de mis impulsos y con un cabreo de mil demonios salgo de mi vehículo y camino hasta el que está mal estacionado. Sin pensarlo demasiado, abro la puerta y subo mientras blasfemo. Acelero fuertemente y por el retrovisor veo que un grupo de personas sale de un establecimiento cercano gritando y riendo. Alguien corre hasta mí. Debe de ser el dueño. Estoy segura de que el muy cabrón estaba mirando con sus amigotes desde la ventana mientras se burlaban. Cuando creo que ya estoy lo suficientemente lejos y he dejado el paso libre, bajo y camino hasta mi coche de nuevo.

—¡Eh, tú, zorra! ¿Quién te ha dado permiso para poner tus putas manos sobre mi coche? —lo que me faltaba, un chulito de discoteca. Hago caso omiso a sus palabras y sigo caminando. Se pone en medio para cortarme el paso. Me dobla en tamaño.

—Veo que lo tuyo es estorbar. Seguro que te lo han dicho muchas veces en la cama —le miro fijamente a los ojos mientras cruzo mis brazos. Sus amigos ríen a carcajadas y parece que eso le hiere en su orgullo. Sujeta una de mis muñecas fuertemente, me acerca a su cuerpo y se inclina de manera amenazante para hablarme.

—Eres una puta barata que no vale nada... y para colmo rubia —susurra casi en mi oído, por lo que siento asco al instante.

—Es extraño que seas tú quien me diga eso... —de una sacudida consigo que suelte mi mano—. Mírate —digo con desprecio—, ¡pero si hasta tienes que ladear la cabeza cuando me hablas para que tus dos neuronas choquen y hagan contacto! —prácticamente grito esta frase para que sus amigos me oigan. Las risas no se hacen esperar. Aprovecho su sorpresa para

esquivarle y llegar hasta mi coche. Arranco, les saco el dedo corazón y me marchó. No soporto a ese tipo de gente.

Llego casi diez minutos tarde. Estaciono y camino rápidamente por la acera. Cuando solo faltan unos metros para llegar, levanto la mirada y le veo. Está de espaldas, igual que cuando le sorprendí el día de la competición. Puedo ver perfectamente la forma de sus hombros, son muy anchos y están bien marcados. Lleva una camiseta negra ajustada que no deja nada a la imaginación. Su cintura es estrecha y su pantalón, también negro, se ajusta perfectamente a su trasero. Es el trasero más espectacular que he visto en mi vida. Lo único que me apetece en ese momento es darle una buena nalgada, pero no tengo más remedio que contenerme. No sería un buen inicio. Como si notara mi presencia se gira lentamente y clava sus ojos miel en los míos. Su mirada es tan penetrante que consigue hacerme retener el aire en mi pecho. Es guapísimo. Levanta una de sus cejas extrañado al ver que no reacciono. Prácticamente me estoy derritiendo.

—Llegas tarde —ni un simple saludo, pero tiene una voz tan sexy que no me importa. Podría trabajar en una emisora de radio sin problema.

—Sí... —digo con esfuerzo—. Una panda de chulitos me retrasó.
—¿Cómo? —su frente se arruga.

—Nada... no tiene importancia. Vayamos a por algo de beber, tengo sed —asiente y entramos en uno de los bares. Pedimos unos refrescos y decidimos sentarnos en una de las mesas que hay en la calle. Casi no hay nadie y hace un día estupendo.

—Háblame de ti —dice seriamente. Me sorprende. Desde que nos conocemos, nunca ha mostrado el más mínimo interés en mí. Al contrario, se ha esforzado por alejarme.

—¿Qué quieres saber? —me mira. No soy fácil de intimidar, pero él siempre lo consigue.

—Tu edad, por ejemplo. ¿A qué te dedicas? —empiezo a ponerme nerviosa—. «¡Ay, Dios mío! ¿Este adonis quiere saber cosas de mí?».

—Estoy a punto de cumplir 26 y trabajo como coordinadora de recursos humanos en una pequeña empresa —golpea sus labios con el dedo índice mientras me observa.

—¿Hace mucho que eres amiga de Natalia? —me choca esa pregunta.

—De toda la vida. Nos hemos criado juntas —sonrío—. Te toca —le digo. Se incomoda y cambia de postura—. Tu edad y a qué te dedicas.

—Tengo algún año más que tú y mi trabajo es insignificante —responde secamente.

—Oh, vamos... No es justo. No puedes hacer esto.

—¿Tú sabías por todo lo que estaba pasando con su exnovio? —arrugo mi frente extrañada. No entiendo por qué quiere saber esas cosas. Pero, aun así, contesto.

—Sí, aunque ella realmente nunca me lo contó todo.

—¿También eres amiga de Mario? —cada vez la conversación se está volviendo más irreal.

—No sé a dónde quieres llegar, musculitos. ¿Te gusta mi amiga? —sus ojos se abren.

—Solo quiero saber qué es lo que pasó entre ellos. Recuerda que me encontré en medio aquella noche y como mínimo me podrías explicar...

—Pues si quieres saberlo tendrás que preguntarle a ella —estoy empezando a cansarme de esta conversación. Quiero que se interese por mí, que pregunte por cosas mías. Frunce el ceño.

El sonido de su teléfono nos interrumpe. Lo saca de su bolsillo y lo mira durante un par de segundos. Después me mira a mí y vuelve a mirar a la pantalla. Por fin descuelga.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —se levanta de la mesa y se aleja—. No me gusta ni lo que he oído ni su acción. Fijo que esconde algo. Espero que no tenga novia.

Varios pitidos me sacan de mis pensamientos. Giro la cabeza y busco hasta que doy con la causa.

—¿Esperando a los clientes, zorra? —lo que me faltaba. Resoplo. El mismo payaso chulito de antes. Seguro que me ha seguido para molestarme. Le hago un corte de manga y paso de él. Prefiero no armar ningún espectáculo. No tengo humor ahora mismo. La sorpresa llega cuando el idiota baja del coche y viene hacia mí.

—Lárgate —le digo molesta mientras se acerca—. Eres patético. ¿No has tenido suficiente por hoy, que vienes a por más? —su cara cada vez está más roja. Llega hasta la mesa donde estoy sentada y agarra fuertemente uno de mis brazos, haciéndome daño. Va a decir algo cuando una gran mano se posa en su hombro haciendo una enorme presión. Puedo ver cómo los dedos se hunden en su carne.

—Te ha dicho que te largues —Álex le aparta de mí. Con un ágil movimiento consigue inmovilizarle. La postura no parece ser muy cómoda para el idiota por la expresión de su cara. Es de auténtico dolor—. Pide perdón a la señorita —le dice, y no puedo aguantar la risa.

—¡Eso! —digo sentada tranquilamente en mi silla. Cruzo una de mis piernas mientras apoyo mis brazos en el respaldo del asiento—. Pídeme perdón. Retuérceme los pezones, Álex. No tengas piedad —Álex me mira extrañado. Si esperaba que me asustara lo lleva claro. Estoy disfrutando del espectáculo. Dos hombres peleando delante de mí es de lo más excitante.

—¿Tú? —dice el chulito sorprendido al girarse y ver quién le está sujetando—. Lo siento, tío... —me pierdo, no entiendo nada—. Lo siento, tío, de verdad... no sabía que la conocías. No me detengas. Te juro que no volverá a pasar —cada vez estoy más asombrada. ¿Detener? ¿De qué habla? ¿Se conocen?—. Salí de la cárcel hace solo unos meses, no me hagas volver —miro a Álex en busca de una explicación, pero está ocupado haciendo que el individuo casi bese el suelo. Unos segundos después le habla.

—Si vuelvo a verte por aquí tomaré medidas —lo suelta.
—No me verás —me mira—. Lo... siento —mis ojos se abren. Camina deprisa y sube a su coche. Los dos observamos cómo se aleja.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado aquí? —le pregunto—. ¿Por qué te pide que no le detengas? ¿Eres poli?

—Lo era, pero eso él todavía no lo sabe —dice mientras se sienta de nuevo en la silla. Mi mente me traiciona y la imagen de Álex en uniforme se instala en mi cerebro. «¡Dios Santo! Ese culito prieto enfundado en el uniforme debe estar para comérselo»—. Te estoy hablando, Laura —parpadeo rápidamente y le miro de nuevo. Tiene los brazos cruzados y las cejas casi juntas.

—Perdona, me despisté —sonrío.

—¿Qué te pasó con ese estúpido? —pregunta interesado.

—Nada importante, no te preocupes. Es solo que aparcó donde no debía y tuvimos bronca.

—Intenta mantenerte lejos de ellos. Son escoria social —tiene su mandíbula apretada.

—No te preocupes, no es mi intención volver a verles —bebo un sorbo de mi refresco y cuando vuelvo a dejar el vaso en la mesa descubro que está mirando mis labios fijamente. «Oh, sí... El musculitos está sucumbiendo a mis encantos, por fin», me aplaudo mentalmente. Tomo un mechón de mi cabello y juego con él entre mis dedos. Rápidamente su atención está donde quiero. Apoyo mis brazos sobre la mesa dejando mi escote al descubierto. Disfruto viendo sus reacciones. Me gusta coquetearle—. Entonces... ¿Por dónde íbamos? —alza su mirada hasta mis ojos y carraspea. Sabe que le he descubierto mirando donde no debe y aprovecho su momento de confusión—. ¿Eras policía?

—Sí —se tensa.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Me cansé —dice mirando para otro lado.

—¿A qué te dedicas ahora? —cada pregunta que le hago consigue tensarle más.

—Soy el chófer de tu amiga —dice con desprecio.

—¿Te molesta eso? —me extraño.

—Muchísimo. Tu amiga me cae como una patada en el culo. ¿Cómo puedes soportarla? —esa frase me ha dolido. Natalia es la mejor amiga que alguien puede tener. Pero en cierto modo me alivia saber que no siente nada por ella. Vía libre.

—Natalia es una persona increíble. No la conoces, por eso hablas así.

—Seguro que solo dices eso para para que no piense mal de ti —levanta una de sus cejas y se apoya en la mesa—. Pero no te preocupes, por esa razón nunca lo haría. Al contrario, te entendería perfectamente. Es un poco rarita —sonrío, porque no sé qué otra cosa decir o hacer. Me acaba de dejar en blanco. No esperaba algo así. Un segundo después descubro que he elegido el gesto equivocado por su siguiente frase—. Vaya, parece que piensas como yo. Te guardaré el secreto —me guiña uno de sus ojos cuando voy a protestar y siento que pierdo el equilibrio. Cada movimiento que hace este portentoso hombre consigue que me olvide del mundo y babee como una tonta.

CAPÍTULO 9

Álex

Una punzada de dolor se instala en la boca de mi estómago e intento disimularla. Laura ha caído en mi trampa. Su sonrisa cuando le he hecho creer que odiaba a su pobre amiga y que entendía que ella también lo hiciera la ha delatado confirmando alguna de mis sospechas. Siento una enorme decepción, pero quiero estar seguro antes de precipitarme. Trataré de ser más sociable con ella para ganármela y que así se confíe. Su insistencia en verme aun cuando la he tratado como a un trapo sucio y su lenguaje corporal me indican que está interesada en mí. Lo usaré a mi favor y me aprovecharé de ello. Seguro que consigo llegar al final de todo esto.

—A ver si lo he entendido. ¿Eras policía y lo dejaste todo para hacerle de taxista a César y ahora también a Natalia?

—Me paga bien —respondo.

—Ya puede hacerlo —dice pensativa—, es difícil entender tu decisión. Pero cada uno es libre de hacer lo que quiera. Por cierto, hoy te estarán echando de menos —ríe—. Menos mal que no saben que habíamos quedado, si no me culparían.

—¿Por qué? —pregunto intrigado.

—Iban a Toledo a ver a su padre. ¿No te lo han dicho?

—No... —en realidad sí, César me lo comentó ayer, pero lo

que no sabía es que ella también lo supiera. Está demasiado informada y eso puede ser peligroso. Natalia debería tener más cuidado.

—Me falta saber tu edad —dice sonriente. Sus labios pintados de rojo captan mi atención. Son perfectos. No puedo dejar de mirarlos. Demasiado tentadores.

—Estoy a punto de cumplir los 31 —trato de centrarme en sus ojos, pero es aún peor. Es una mujer realmente impresionante.

—¿Y a tu edad no te da vergüenza andarte peleando con gatitos? —ríe.

—Muy graciosa. Me extrañaba que no sacaras la conversación antes —respondo tratando de hacerle creer que no me afecta. Todavía tengo marcas.

—He intentado aguantarme, pero es demasiado tentador —carcajea fuertemente. Un par de lágrimas salen de sus ojos mientras lucha por calmarse. Lejos de molestarme, descubro que disfruto viéndola así. Es una persona tan alegre que contagia—. Perdona —seca con cuidado sus ojos para no desmaquillarse.

La siguiente hora pasa rápido. Todavía tiene que hacer algunas compras y se le está haciendo tarde. Nos despedimos y decido seguirla sin que lo sepa. Quizás pueda descubrir algo más. Nunca se sabe.

Para en un centro comercial y tras esperar un largo rato por fin veo que sale cargada de bolsas. Un hombre de unos cuarenta años se acerca a Laura y le ofrece su ayuda. Ella se niega y sigue caminando. El muy cabrón no para de mirarla y me cabrea. Laura llama demasiado la atención. Sus movimientos y su atractivo natural captan todas las miradas, tanto de hombres como de mujeres. Con dificultad lo guarda todo en el maletero y retoma el camino. Durante el trayecto procuro mantenerme alejado para que no sospeche. Conoce mi coche. Tras más de media hora conduciendo, parece que hemos llegado a algún sitio. Aparca y vuelve a sacar las bolsas. Bajo de mi coche y camino

tras ella. Llega hasta un edificio de ladrillos. Debe de vivir ahí. Hay alguien en la puerta y me escondo en un portal.

—Hola, guapa. Veo que ya has llegado. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, Jorge. Estoy cansada, si no te importa déjame pasar —está tapando la entrada con su cuerpo.

—Llevo todo el día esperándote. Me gustaría hablar contigo antes.

—No creo que tengamos nada de qué hablar —dice Laura algo molesta, y me tenso—. Apártate, quiero entrar.

—No hasta que me escuches —estira uno de sus brazos bloqueando más aún la puerta. Mis puños se cierran instintivamente.

—Mira, Jorge, ya no sé cómo te lo voy a decir —suelta las compras en el suelo—. He tratado de hacerlo de mil maneras diferentes para no herir tus sentimientos, pero parece que eres tan gilipollas que no entiendes ninguna —clava repetidas veces el dedo en su hombro mientras le habla. Me gusta su carácter—. Me estás acosando y como sigas tocándome los ovarios vamos a tener un problema, tú y yo —sonríó satisfecho. Así se habla—. ¿Ves estos tacones? —señala sus zapatos y mi cabeza pica; por desgracia yo probé uno—. ¿Los ves? —repite captando su atención—. Pues acabarán clavados en tus testículos —reprimó una carcajada para que no me oigan.

—No niegues lo evidente —se acerca a ella y mi piel se eriza. Toma uno de sus mechones y siento las palmas de mis manos arder. Laura se retira rápidamente—. No decías lo mismo aquella noche cuando estaba entre tus piernas —mi respiración se agita y mi corazón late con fuerza. La imagen de ellos dos juntos me hace sentir náuseas.

—Pues fíjate que yo no recuerdo absolutamente nada. Mi cerebro tiene por costumbre borrar al instante las experiencias traumáticas —toma las bolsas del suelo—. Y si no fuera porque eres mi vecino y tengo que estar viendo tu asquerosa cara todos los días hace tiempo que también me habría olvidado de ti —de un empujón consigue hacerle a un lado y entra al edificio.

No la sigue, cosa que agradezco. Se queda en la puerta y enciende un cigarro. Si ese idiota hubiera entrado al edificio tras de ella estoy seguro de que habría intervenido. He estado a punto de salir de mi escondite un par de veces mientras peleaban para romperle la cabeza. Espero un tiempo prudencial y al ver que todo está tranquilo decido volver a casa. Quiero aprovechar las horas libres que me quedan para descansar.

Cuando entro a mi pequeño apartamento suelto las llaves del coche en la mesa de la entrada, y sin darme cuenta dejo caer el portafotos que hay sobre ella. Con cuidado vuelvo a ponerlo en pie. Siempre me ha gustado esa foto. Gema está preciosa en ella.

La melodía del móvil llama mi atención. Descuelgo.

—Ei, Álex. ¿Se solucionó el problema? Quedé preocupada.

—Hola, preciosa. Sí, todo se arregló. Perdona por haberte colgado tan precipitadamente, pero un idiota se puso pesado y tuve que enseñarle modales —evito contarle toda la verdad.

—Tú siempre tan educado —ríe.

—¿Cuándo vienes?

—En una semana. Todavía me quedan muchas cosas por empaquetar. Espero que tengas suficiente espacio para dos camiones —ríe de nuevo—. Ya sabes cómo somos las mujeres.

—Puedo alquilar un piso más amplio. Ya te lo dije, no tengo problema.

—No hará falta, nos arreglaremos, ya verás.

—Lo que tú digas, pero luego no te quejes.

—No lo haré. Tengo que dejarte, Álex, acaban de llegar mis compañeros y vamos a celebrar mi despedida del trabajo.

—De acuerdo. Pásalo bien y ten cuidado.

—Lo tendré. En unos días vuelvo a llamarte. Te quiero.

—Yo también a ti —cuelgo.

Antes de soltar el móvil en la mesa, vuelve a sonar. Pongo los ojos en blanco, entre todos se han propuesto no dejarme disfrutar de mi día libre. Compruebo que es César y descuelgo.

—Dime.

—Álex, perdona que te llame en tu día libre, pero ha habido problemas.

—¿Qué ocurre? —todo mi cuerpo se activa.

—Estamos en la comisaría en un pueblo cercano a Madrid. Mario nos ha dado un susto de muerte.

—¿Cómo? —mis ojos se abren.

—Cuando volvíamos a casa apareció de la nada en la carretera e intentó sacar a Natalia de la calzada. Gracias a Dios que supo maniobrar a tiempo, Álex. Si no es porque maneja perfectamente, hubiera acabado en tragedia —hay mucha angustia en su voz—. Consiguió golpear su coche varias veces y tuvimos que dejarlo aquí. ¡Ese tío está loco!, va a por ella sin importarle nada más... —respira agitado.

—Trata de calmarte, estás demasiado alterado y sabes que eso no te ayuda —cuando está en ese estado suelen darle crisis que después le cuesta controlar.

—Lo intento —hace una pausa—. Necesito que hagas una investigación paralela a la que van a empezar aquí, hay que dar con él cuanto antes.

—¿Puedes darme algún dato?

Me explica todo lo ocurrido. Apunto los datos del coche y nos despedimos.

«Mierda», digo apretando fuertemente el teléfono cuando caigo en algo. «Solo hay una forma de que Mario supiera dónde estaban». Ya no hay duda. Alguien le está informando y todas las pruebas apuntan a Laura. Ella lo sabía...



CAPÍTULO 10

Pasan los días. Cada minuto que tengo lo empleo en intentar encontrar a Mario. He telefoneado un par de veces a Natalia desde entonces para que me cuente cosas sobre él. Estoy haciendo uso de todos mis conocimientos de psicología. Cuanto más sepa de su persona, más fácil me será descubrir su patrón de comportamiento y prever cuál será su siguiente paso. Toda ventaja es poca en un caso así. Parece que el cabrón está tan obsesionado que no le importa poner en peligro su propia vida para acabar con la de Natalia.

Estoy por tu zona. Tengo que descambiar algunas cosas. Te invito a un refresco.

Laura acaba de escribirme. Me siento confundido. ¿Por qué tener noticias de ella me pone tan nervioso?

En media hora estoy allí.

Nada más responder la culpabilidad aparece de nuevo. Laura ha estado de manera constante en mis pensamientos estos días. No soy capaz de sacarla de mi cabeza. «Es por una buena causa», me digo, «necesito información».

Perfecto. Te espero.

Tomo una gran bocanada de aire. En unos minutos volveré a verla.

Llego puntual y ahí está. Sentada en el mismo sitio en el que

estuvimos charlando la última vez. Tiene su melena rubia recogida en un moño casual. Varios mechones le caen por la cara y se mueven con la brisa. Lleva puesto un pantalón ajustado vaquero y una camisa azul clara. Pero lo que más llama mi atención son sus labios pintados de rojo. Trago saliva tratando de calmarme. Me afecta. Con cada paso que doy hacia ella algo se mueve en mi estómago. Como si intuyera mi presencia, se gira, y cuando me ve sonrío. El cielo está nublado, pero su gesto ilumina toda la calle.

—¡Musculitos! —se pone en pie y viene hacia mí. Mi corazón se acelera preocupantemente. «¿Qué coño me pasa?».

—Hola, Laura —tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma. Rodea con sus brazos mi cuello y deja un beso en mi mejilla. Su aroma y su contacto hacen que mis piernas tiemblen. Me siento rápidamente para que no lo note y ella se acomoda en la silla que tengo enfrente.

—¿Cómo han ido estos días? —me mira fijamente a los ojos esperando una respuesta. Esto está empezando a convertirse en una auténtica tortura para mí.

—Bien, co... como siempre —respondo tartamudeando, y me encojo de hombros—. «Tranquilo, Álex», me digo.

—Natalia sospecha —dice sonriente.

—¿De qué? —arrugo la frente, confuso—. «¿Sospechará de ella igual que yo?».

—¡De que hemos quedado! —casi grita sacándome de mi error. Estoy tan obsesionado por encontrar a Mario que todo lo asocio al caso.

—¿Le has contado algo? —pregunto preocupado.

—Nada de nada —sonrío de nuevo. Necesito mantener esto en secreto para no levantar sospechas. He conseguido hacerle creer que es por no aguantar las burlas de César y su amiga, pero nada más lejos de la realidad. Solo busco información. Que la gente sepa que nos vemos dificultaría las cosas.

—¿Por qué crees que sospecha?

—Porque quizás metí un poco la pata —me tenso—. Natalia sabía que había tenido una cita, pero no sabía con quién —la palabra *cita* hace eco en mi cabeza. Para ella fue una cita, para mí solo trabajo—. Me dijo que habían tenido un percance con Mario en la carretera y quise saber si te lo habían contado. Estabas ese día conmigo, no les habías llevado tú, era lógico que no lo supieras. Entonces dedujo que, por alguna razón, sabía que no habías ido con ellos —aprieto mis dientes.

—Debes tener más cuidado —intento no parecer demasiado duro con esa frase—. Sería insoportable aguantarles si se enteran —resoplo para hacerlo más creíble—. No me gusta que la gente sepa de mi vida privada.

La siguiente hora pasa rápido. Laura habla de sus cosas, juega conmigo e incluso trata disimuladamente de seducirme. Intento mantenerme serio y no dejarme llevar, pero empieza a gustarme demasiado su compañía y eso no puedo permitirlo. Tengo que buscar otro plan de ataque, este no está resultando; al contrario, estoy cayendo en su trampa en vez de ella en la mía.

—Oye —coloca los codos en la mesa y ahí está otra vez mostrándome su hipnótico escote. Me esfuerzo por no mirar—. ¿Y tú no podrías... no sé... protegerles? —la miro extrañado—. Eras policía. Debes de saber mejor que nadie cómo se hace eso —creo que está probándome.

—Eso es algo que aparté de mi vida hace mucho —respondo rápidamente—. No quiero hacer nada que tenga que ver con ello. No me gustó la experiencia. Además, lo mío era la psicología —me mira con los ojos agrandados.

—¿La psicología? ¿Cómo es eso?

—Es fácil. Entré en la policía científica porque soy psicólogo. Me encargaba de los interrogatorios y poco más —no le cuento toda la verdad. Evito decirle que también ejercí en otras ramas.

—¡Guauuu! —exclama—. ¿Eras de esos que golpean para saber información?

—No —digo secamente—. No me hizo falta emplear la fuerza para eso —miento—. Me especialicé en la interpretación de gestos faciales y corporales. Simplemente sabía cuándo mentían sin más.

—¿En serio? —su cara se tiñe de rojo al instante. Estoy seguro de que está pensando en todo lo que ha hecho con su cuerpo para captar mi atención.

—Si me mientes, lo sabría al instante —me mira con sorpresa—. Es broma... —le digo forzándome a sonreír—. Hace tiempo que olvidé cómo se hace todo aquello —se relaja, pero no del todo. No me termina de creer.

—Entonces tendré que tener más cuidado —responde sonriente—. No me gustaría que descubrieras mis intenciones —me tenso. «¿Acaba de admitirlo?». Se levanta de la mesa, recoge sus cosas y viene hasta mí—. Tengo que irme o cerrarán la tienda —se inclina y sin darme tiempo a reaccionar deja un pequeño beso en la comisura de mis labios—. Te veo mañana en el concierto —susurra esas palabras tan cerca de mi cara que siento cómo su aliento acaricia mi rostro.

Un gran hormigueo recorre mi espalda y mi cuerpo parece quedarse sin fuerza. Veo cómo se aleja moviendo sus magnéticas caderas y hasta que no la pierdo de vista no soy capaz de reaccionar. «Qué coño...», me digo. Con esfuerzo me levanto de la silla y camino hasta mi coche. Intentaré seguirla de nuevo. Aunque me lleva ventaja, sé a qué centro comercial ha ido. Como imaginaba, su coche está en el *parking*, por su color amarillo es difícil que pase desapercibido. Espero varios minutos más y cuando sale recorreremos el mismo camino que la vez anterior. Estoy seguro de que se dirige a su casa. Aparca y antes de que salga del coche alguien se acerca y le abre la puerta. Desde donde estoy no puedo ver con claridad, paro el motor y camino con cuidado hasta ellos.

—De verdad... estoy aburrida de esto y ya no puedo más —le

está hablando a alguien, pero está de espaldas a mí y no logro distinguir de quién se trata.

—Es fácil. Dame una oportunidad. No pienso parar hasta que lo hagas —por su voz ya sé quién es. El gilipollas de la otra noche. Mi respiración se acelera.

—No sueñes con ello. No habrá oportunidades, solo fuiste un jodido error, hazte a la idea de una puta vez —intenta marcharse, pero la sujeta por el brazo.

—Si no quieres que siga en este plan cede de una puta vez. Voy a demostrarte que estás equivocada —una ola de rabia me inunda.

—¡Déjame en paz! —le grita. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para contenerme. El malnacido agarra su mentón y trata de besarla a la fuerza. Doy un paso hacia delante cuando veo cómo Laura le escupe en la cara—. Jamás vuelvas a tocarme... —aprovecha su sorpresa y se marcha, dejándolo pensativo.

Mi sangre hierve. Mis uñas están clavándose en las palmas de mi mano. Estoy seguro de que de un momento a otro mi cuerpo empezará a combustionar. Saca un cigarro de su bolsillo y cuando va a encenderlo no puedo contenerme más y me lanzo sobre él. Mi mano atrapa fuertemente su cuello y su cabeza golpea contra la pared.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima acabaré contigo. ¿Me oyes? —susurro para que Laura no me oiga. Todavía le quedan unos metros para entrar en la casa.

—Suél... ta... me —sus ojos son de auténtica sorpresa. Intenta escapar, pero le tengo inmovilizado. No debería exponerme así, es posible que se lo cuente a Laura y me descubra, pero ha sido mi instinto el que ha actuado por mí.

—Si le cuentas algo de esto vendré a por ti de nuevo y te aseguro que tus peores pesadillas se harán realidad. ¿Entendido? —golpeo más fuerte su cabeza contra los ladrillos.

—Sí... —vocaliza con esfuerzo. Noto la nuez de su garganta

moverse en mi mano. Intenta tragar saliva, pero la presión que estoy ejerciendo sobre su tráquea lo impide. Su tono de piel está cambiando por la falta de oxígeno.

—Como vuelvas a molestarla esto te parecerá una caricia —golpeo su entrepierna al tiempo que lo suelto y cae desplomado en el suelo. Trata de levantarse, pero no puede. Se queda de rodillas gimiendo de dolor mientras me marchó.

No sé por qué cojones he hecho algo así, ella consiguió librarse de él sin problema. Tengo que contenerme. No puedo dejar que esto me afecte. Puede traerme problemas, y no es bueno para la investigación, ya que podría interferir de manera negativa.